No vuelvas a por tu camisa

Las cosas que dejas atrás no sustituyen una confesión sincera



Laura Bellini

No vuelvas a por tu camisa

Las cosas que dejas atrás no sustituyen una confesión sincera

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384905562

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - La condición para volver 11
Capítulo 2 - Ocho encuadres..... 22
Capítulo 3 - La luz que no habíamos planeado 36
Capítulo 4 - Fuera de encuadre..... 49
Capítulo 5 - El derecho a disponer de mi tiempo 68
Capítulo 6 - Un momento sin pretexto 81
Capítulo 7 - Las cosas que no nombramos 94
Capítulo 8 - Su propio mundo 107
Capítulo 9 - Lo que no se puede dejar atrás 120
Capítulo 10 - No solo por un rato.....136
Capítulo 11 - La mañana después de todo..... 151
Capítulo 12 - Una pregunta sin respuesta fácil..... 161
Capítulo 13 - El precio de los planes compartidos.....174
Capítulo 14 - Aquello que tememos.....186
Capítulo 15 - Todas las cosas que quedaron atrás.....196
Capítulo 16 - Un lugar para respirar..... 207
Capítulo 17 - Una elección propia..... 220
Capítulo 18 - Sin nada en las manos.....231
Capítulo 19 - Sin ningún pretexto 242
Capítulo 20 - Déjala aquí si quieres quedarte 251

INTRO

El viernes, a las nueve y diecisiete de la noche, el apartamento tenía exactamente el aspecto que siempre había imaginado. Las paredes claras reflejaban la cálida luz de las lámparas, el suelo de roble tenía el tono adecuado y el último sillón estaba colocado en un ángulo perfecto para disfrutar, desde el sofá, de las vistas de los edificios históricos de Cracovia. Cada cosa había encontrado su sitio. Incluso el pequeño jarrón con una rama de olivo, que había estado desplazando unos centímetros de un lado a otro durante todo el día, por fin había dejado de molestarme.

El encargo estaba terminado. Las fotografías estaban listas, la lista de correcciones cerrada y el propietario satisfecho. A la mañana siguiente tenía que entregarle toda la documentación y las llaves. Después pensaba volver a mi casa, darme un baño largo, pedir algo rico para cenar y pasar el resto de la noche sin pensar en el trabajo.

Era un plan bastante razonable.

El problema era que Miłosz Brzoza todavía estaba en el apartamento.

Estaba junto a la ventana, revisando las últimas fotografías en la pantalla de su cámara. Llevaba unos pantalones oscuros y una camiseta blanca con las mangas remangadas. Su pelo, normalmente peinado con esmero, le caía ahora ligeramente sobre la frente. Parecía no tener ninguna prisa por marcharse. Aunque, pensándolo bien, nunca había tenido la impresión de que Miłosz permitiera que alguien le impusiera su propio ritmo.

—¿Es la última? -pregunté, señalando la cámara.

—La última, siempre que no se te ocurra otra cosa que haya que corregir.

—No se me ocurre nada. Simplemente lo veo.

Volvió la cabeza y sonrió discretamente.

—Precisamente por eso me gusta trabajar contigo.

No respondí de inmediato. Aquella frase sonaba inocente, pero tenía una propiedad irritante cuando salía de sus labios. Podía significar cualquier cosa o absolutamente nada. Miłosz era capaz de decir algo que me acompañaba durante las horas siguientes, apareciendo en mi cabeza en los momentos menos oportunos, y después comportarse como si hubiera hecho un comentario completamente normal sobre nuestra colaboración profesional.

Nos habíamos conocido unas semanas antes, precisamente con motivo de aquel encargo. Yo me ocupaba del diseño interior y él de las fotografías inmobiliarias. Al principio, nuestras conversaciones giraban alrededor de la disposición de los muebles, la iluminación y los plazos de entrega. Más adelante empezamos a hablar de café, música y de por qué no soportaba a las personas que confundían la seguridad en sí mismas con la falta de educación. Miłosz tenía una teoría bastante elaborada al respecto.

Y después llegaron las noches que ya no tenían nada que ver con el trabajo.

No había planeado tener una aventura. Tampoco buscaba a alguien que llenara mis ratos libres. Tenía treinta y dos años, mi propio trabajo, mi propio apartamento y experiencia suficiente para saber que una cita agradable no tenía por qué convertirse automáticamente en el comienzo de algo serio. Sin embargo, tampoco estaba dispuesta a fingir que la

cercanía no significaba nada cuando ambos sabíamos perfectamente que sí significaba algo.

Miłosz parecía tener una visión bastante más flexible del asunto.

—He terminado -anuncié, retirando las muestras de materiales de la encimera-. Mañana entregaré las llaves. Puedes enviarme las fotografías en alta resolución y yo se las pasaré al propietario.

—Ya te las he enviado.

—Por supuesto. -Lo miré-. Entonces podemos decir que somos libres.

—Suena bastante solemne.

—Es solo una información sobre el final del encargo.

—Lo sé.

Volvió a revisar las fotografías mientras yo me giraba hacia la mesa. Allí estaba precisamente el objeto que no había conseguido encajar en ninguno de mis planes cuidadosamente organizados.

La camisa de Miłosz.

Era azul marino, de algodón suave, con el cuello ligeramente arrugado. La había encontrado por la mañana sobre el respaldo de una silla. Antes había estado en el suelo, junto al sofá, pero decidí que no iba a dejarla allí. Tampoco pensaba lavarla, plancharla ni fingir que no sabía a quién pertenecía.

La doblé cuidadosamente y la coloqué junto a su bolsa fotográfica.

—Es tuya -dije.

Miłosz miró la camisa y después me miró a mí.

—Te acordabas.

—Es difícil olvidarse de una prenda que ocupa media silla.

—Pensé que quizá la habías tirado.

—¿Por qué iba a tirar tus cosas?

—No sé. Hay gente a la que le gustan los gestos dramáticos.

—Y hay gente que deja su ropa como si tuviera intención de volver.

Guardó silencio durante un instante. Su expresión apenas cambió, pero me di cuenta de que había dejado de hacer girar la cámara entre las manos.

—Puedo pasar mañana a recogerla -dijo.

Negué con la cabeza.

—Puedes llevártela ahora.

—No tengo prisa.

—Yo un poco sí.

No había nada en aquella frase que no pudiera justificar. Había tenido un día largo, por la mañana me esperaba una reunión con un cliente y después solo quería regresar a mi propia vida. Eso era todo. Aunque ambos sabíamos que no se trataba únicamente de una camisa.

Miłosz se acercó a la mesa. La cogió, alisó la tela con las manos y durante unos segundos observó el puño.

—Huele bien -comentó.

—Está limpia.

—No me refería al detergente.

Pronunció aquellas palabras con tranquilidad, sin sonreír. Recordé cómo, unos días antes, se había colocado detrás de

mí en la cocina mientras preparaba café y me había dicho que le gustaba el olor de mi pelo. También recordé que entonces me había vuelto hacia él en lugar de fingir que no lo había oído. Miłosz tenía talento para advertir pequeños detalles que los demás pasaban por alto. Sabía cuándo necesitaba un momento de silencio, cuándo estaba enfadada aunque todavía sonriera y cuándo había llegado el momento de dejar de bromear.

Eso era precisamente lo que me atraía de él mucho más que su aspecto.

Lástima que se le diera tan bien interpretar las necesidades de los demás y tan mal poner nombre a las suyas.

—Miłosz...

—Natasza.

Pronunció mi nombre con un ligero tono divertido, como si ya supiera lo que estaba a punto de hacer.

—No empieces.

—No estoy empezando nada.

—Ese es precisamente el problema.

La sonrisa desapareció de su rostro. Durante unos segundos nos miramos por encima de la mesa, sobre la que, junto a la camisa, estaban mi cuaderno, dos lápices y varias muestras de tejidos. Objetos corrientes, un apartamento corriente, el final de un encargo corriente. Todo debería haber sido sencillo.

—No tenemos que hablar ahora de todo -dijo finalmente.

—No te he pedido que hablemos de todo.

—Entonces, ¿de qué?

Tuve ganas de responder que de nosotros. De lo que realmente hacíamos cuando terminaba el trabajo y nos quedábamos solos. De por qué era capaz de venir después de medianoche solo para tomar un té conmigo y, a la mañana siguiente, hablar de sus cosas como si esas hubieran sido la única razón de su visita. De por qué siempre encontraba una excusa para prolongar nuestros encuentros, pero nunca proponía algo que nos obligara a ponerle un nombre a nuestra relación.

En lugar de responder, cerré el cuaderno.

—De si mañana realmente piensas venir a por esa camisa.

Miłosz me miró con atención.

—Si quieres que venga.

—No quiero que vengas porque te has dejado aquí una prenda de ropa.

—¿Y si tengo otro motivo?

Aquella fue la primera frase de la noche que sonó a algo más que una broma o un intercambio de palabras cómodo. Sin embargo, no di ningún paso hacia él. No pensaba facilitarle la posibilidad de retractarse de sus propias palabras antes de que terminara de pronunciarlas.

—Entonces puedes decírmelo.

Durante unos segundos pareció que realmente iba a hacerlo. Vi cómo bajaba la mirada hacia la camisa y después volvía a mirarme. Algo apareció en su rostro, algo que no supe identificar. ¿Duda? ¿Cautela? Quizá simplemente estaba cansado.

Al final, guardó la camisa en su bolsa.

—Buenas noches, Natasza.

No intenté detenerlo. No porque no quisiera que se quedara. Precisamente porque lo deseaba demasiado como para volver a fingir que su presencia era una respuesta suficiente.

Lo acompañé hasta la puerta. Antes de salir, se volvió una última vez.

—¿Hablamos mañana por las fotografías?

—Por las fotografías, sí.

Asintió. No me besó, ni siquiera me rozó la mano. Se quedó un instante en el umbral, como si esperara algo que ninguno de los dos estaba dispuesto a pronunciar. Después se marchó.

Cerré la puerta y apoyé la espalda contra ella.

El apartamento volvió a quedarse en silencio. Permanecían el olor a café, la calidez de las lámparas y un pequeño rastro de la presencia de alguien. En el respaldo de la silla había un espacio vacío, justo donde por la mañana había estado su camisa. No esperaba que un objeto tan insignificante pudiera dejar un hueco tan evidente.

Regresé al salón y apagué la luz que iluminaba la mesa. Tenía todo lo que necesitaba para cerrar aquella etapa: el encargo terminado, la documentación preparada, mis propios planes y, por fin, una percha vacía en la que durante varios días había estado colgada su chaqueta.

Solo me faltaba la respuesta a una pregunta.

¿Miłosz realmente quería volver a mí o simplemente nunca había sabido decidir cuándo debía marcharse?

Capítulo 1 - La condición para volver

El sábado por la mañana, Cracovia parecía una ciudad que no tenía la menor intención de preocuparse por mis planes. Las calles estaban llenas del tráfico habitual, los tranvías atravesaban los cruces y la gente, con vasos de café de cartón en las manos, se apresuraba hacia sus respectivos destinos. Yo, en cambio, estaba de pie en un apartamento de la calle Krupnicza, sosteniendo una carpeta con documentos en una mano y el teléfono en la otra. En la pantalla llevaba diez minutos apareciendo un mensaje de la propietaria.

Marta Kulesza tenía previsto llegar a las diez y media, recoger las llaves y firmar el acta de entrega final. Después solo tendría que volver a casa. Ya no pensaba corregir la disposición de los cojines, mover las lámparas ni preguntarme si las cortinas habrían quedado mejor en un tono blanco roto. El proyecto estaba terminado. Al menos, tan terminado como podía considerarse cualquier proyecto cuando la clienta tenía una capacidad prácticamente ilimitada para descubrir nuevas posibilidades.

El mensaje de Marta era breve.

Llegaré quince minutos más tarde. Hay una cosa más que me gustaría preguntaros. ¿También estará Miłosz?

Lo leí de nuevo.

No respondí.

No porque desconociera la respuesta. Miłosz no tenía ningún motivo para venir. Las fotografías estaban hechas, los materiales enviados y, además, el día anterior se había llevado incluso su camisa. Si Marta quería hablar de algo

relacionado con las fotografías, podía ponerse en contacto con él directamente.

Precisamente eso estaba a punto de proponerle cuando vi un pequeño estuche negro debajo de la mesita del salón.

Me agaché y lo recogí del suelo. Era plano, de material rígido y tenía una pequeña cremallera. Sabía lo que contenía: tarjetas de memoria y un pequeño lector que Miłosz utilizaba durante sus sesiones de trabajo. Debía de haberse deslizado del bolsillo lateral de su bolsa cuando recogió el equipo la noche anterior.

Durante un instante consideré dejarlo en la recepción del edificio. Después pensé que no debía tomar decisiones por él. Contenía material de trabajo, quizá incluso fotografías de otros encargos privados. No tenía derecho a suponer que podía esperar hasta el lunes.

Saqué el teléfono.

Te has dejado aquí el estuche de las tarjetas. Todavía estaré en el apartamento hasta las once.

La respuesta llegó antes de lo que esperaba.

Estaré allí en veinte minutos.

Miré el reloj.

—Por supuesto -murmuré para mis adentros.

Podría haberle escrito que se lo dejaría a Marta. También podría haberle preguntado si bastaba con enviárselo por mensajería. En lugar de eso, dejé el teléfono y volví a revisar los documentos, como si de mi capacidad de concentración dependiera que Miłosz apareciera o no por las escaleras.

Llegó dieciocho minutos después.

Oí el timbre antes de que hubiera terminado de cerrar la carpeta. Abrí la puerta y lo encontré allí, con una chaqueta oscura y la cámara colgada del hombro. En una mano llevaba dos vasos de cartón.

—Buenos días -dijo.

—No sabía que la recogida del estuche incluía servicio de catering.

—No lo incluye. Uno de los vasos es para mí.

—Estupendo. Al menos no tendré que sentir que estoy obligada a invitarte a algo.

Sonrió y me aparté para dejarlo entrar.

—¿Sigues en modo gestión del espacio? -preguntó, echando un vistazo al salón.

—Sigo en modo entrega del apartamento a su propietaria.

—¿Eso significa que todo está en su sitio?

—Excepto tú.

—Eso puedo solucionarlo rápidamente.

Dejó un vaso sobre la encimera y extendió la mano hacia el estuche, que estaba junto a los documentos. Se lo entregué sin hacer comentarios. Comprobó el contenido, abrió la cremallera, contó las tarjetas y solo entonces guardó todo en el bolsillo de su bolsa.

—Gracias.

—No hay de qué.

Ya podía marcharse. Tenía lo que había venido a buscar. Yo podía volver a ocuparme de mis asuntos. Sin embargo, en lugar de dirigirse hacia la puerta, Miłosz se detuvo junto a la ventana y observó la luz que caía sobre el suelo de madera.

—¿Sabes que ayer no hice una fotografía? -preguntó.

—No lo sabía. Pensaba que habías terminado todo el material.

—Lo terminé. Pero todavía hay una toma que me gustaría conseguir.

—¿Para qué?

—Para mí.

—Miłosz, el apartamento está prácticamente entregado.

—Lo sé.

—Entonces creo que no deberíamos empezar otra sesión fotográfica.

Se volvió hacia mí.

—¿Siempre tienes que decir la última palabra?

—Solo cuando alguien intenta prolongar un trabajo sin acordar las condiciones.

—En ese caso, tenemos algo en común.

No respondí. Tenía razón, pero no pensaba ponérselo fácil.

—Marta quiere hablar con nosotros -dije finalmente.

—Lo sé. Me ha escrito.

—Y, por supuesto, no se te ha ocurrido avisarme.

—No sabía si vendrías.

—Llevo aquí desde primera hora.

—No me refería a eso.

Su tono había cambiado. Ya no era bromista y tuve la sensación de que la conversación que habíamos evitado la noche anterior acababa de encontrar otra oportunidad para producirse.

—Entonces, ¿a qué te referías? -pregunté.

Miłosz dejó el vaso sobre la encimera y metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Marta ha recibido una propuesta de la revista Wnętrza Krakowa. Quieren publicar un reportaje sobre el apartamento. Necesitan algunas fotografías adicionales, una breve descripción del proyecto y autorización para utilizar las imágenes.

—¿Cómo lo sabes?

—Me llamó anoche.

—A mí también me escribió diciendo que tenía algo que comentar. No mencionó la revista.

—Quizá quería contárnoslo a los dos.

Miré el teléfono. Efectivamente, Marta no había dado ningún detalle. Sin embargo, sabía que aquella publicación podía ser importante para mí. Había trabajado en aquel interior durante varios meses. Era el primer proyecto en el que me habían permitido desarrollar plenamente mi propia visión, desde la distribución funcional hasta la elección del último detalle. Aparecer en una revista especializada podía ayudarme a conseguir nuevos encargos y, sobre todo, demostrar que era capaz de dirigir un proyecto por mi cuenta.

—Es una buena noticia -dije con cautela.

—Eso creo.

—Entonces necesitamos saber exactamente qué esperan de nosotros.

—Precisamente por eso estoy aquí.

—No. Estás aquí porque te has dejado el estuche.

—Una cosa no excluye la otra.

Lo miré con incredulidad.

—¿De verdad piensas aprovechar cualquier oportunidad para aparecer en este apartamento?

—No cualquier oportunidad.

—¿Solo las que tienen una justificación adecuada?

—Depende de lo convincente que sea la justificación.

No sonreí, aunque tuve ganas de hacerlo.

—No quiero que empecemos a mezclar asuntos profesionales con asuntos privados.

—No tenemos por qué hacerlo.

—Ayer tampoco teníamos por qué.

Durante un instante me miró sin decir nada. No pensaba retirar aquella frase. No había dicho nada que no considerara cierto.

—Tienes razón -respondió finalmente.

Aquello me sorprendió más que cualquiera de sus bromas.

—Me alegra que al menos estemos de acuerdo en una cosa.

—Pero no pienso fingir que no me gusta estar contigo.

Lo dijo tranquilamente. Sin intentar aliviar la tensión ni refugiarse en el humor.

Por un segundo me olvidé de los documentos.

—Es muy amable por tu parte.

—No ha sonado como si te estuviera haciendo un cumplido.

—Quizá porque no sé qué se supone que debo hacer con él.

—No tienes que hacer nada.

Precisamente ese tipo de respuestas hacían tan difícil hablar con él. Era capaz de decir algo personal y, justo después, dejarme toda la responsabilidad de decidir qué significaban sus palabras.

Antes de que pudiera contestar, sonó el portero automático. Marta.

La dejé subir y Miłosz volvió a su vaso de café. Unos minutos después, la propietaria entró en el apartamento con una amplia sonrisa y un bolso grande colgado del hombro.

—¡Estáis los dos! ¡Perfecto!

Marta tendría unos cuarenta años, poseía la energía de alguien que siempre tenía tres ideas más de las que podía llevar a cabo y una extraordinaria capacidad para tomar decisiones en el último momento. Trabajar con ella no siempre era sencillo, pero apreciaba su entusiasmo. No trataba el diseño de interiores como si consistiera en comprar cojines para un apartamento nuevo.

Volvió a recorrer el salón con la mirada, elogió la iluminación y admitió que la noche anterior había enseñado las fotografías a una amiga que trabajaba en una editorial.

—Y ¿sabéis qué? Les han gustado tanto que quieren preparar un reportaje más amplio. No una simple presentación de la propiedad, sino una historia sobre un apartamento que ha conservado el carácter de un edificio histórico y, al mismo tiempo, ha recibido una vida completamente nueva.

Sonreí.

—La verdad es que suena interesante.

—Quieren ocho fotografías, quizá nueve, además de una descripción del concepto. La fecha límite es el próximo jueves. Si aceptáis, la redacción preparará la publicación para principios del mes que viene.

—¿Ocho fotografías? -preguntó Miłosz.

—Sí. Pero no quiero simplemente repetir lo que ya tenemos. Me gustaría incluir algunas tomas de detalles, quizá con una iluminación diferente. Y un texto que explique por qué decidimos utilizar estas soluciones.

Marta me miró.

—Natasza, el concepto es tuyo. Me gustaría que prepararas la descripción. Y tú, Miłosz, podrías hacer las fotografías. Por supuesto, los dos apareceréis acreditados en el reportaje.

Al principio sentí entusiasmo. Inmediatamente después, empecé a calcular mis compromisos.

—Tengo que revisar mi agenda -dije.

—Lo entiendo. No quiero imponeros nada.

—No se trata de imponer nada. Es que ya tengo otro proyecto programado.

Marta asintió.

—Entonces hablad entre vosotros y decidid si es posible. Me interesa vuestra colaboración porque precisamente gracias a ella el apartamento tiene el aspecto que tiene.

Miłosz me miró.

—Yo estoy interesado.

Por supuesto.

—Yo todavía no he tomado una decisión -respondí.

—Natasza tiene razón -intervino Marta-. Primero las condiciones y después los compromisos. Os enviaré un mensaje con los requisitos de la redacción.

Unos minutos después firmamos los documentos y Marta recogió las llaves. Cuando se marchó, me quedé a solas con Miłosz. Ya no había ninguna razón para seguir allí.

—No tienes que aceptar -dijo.

—Lo sé.

—Pero sería una pena.

—¿Para el proyecto o para ti?

Me miró con una ligera sonrisa.

—No voy a fingir que solo sería una pena por el proyecto.

Me coloqué la carpeta bajo el brazo.

—Tengo una condición.

—Te escucho.

—Si vamos a trabajar juntos, lo acordaremos todo de antemano. El alcance, los plazos, los derechos sobre las fotografías y la forma en que aparecerán nuestros nombres en la publicación. No quiero sorpresas después.

—De acuerdo.

—Y no pienso pasar horas adicionales contigo solo porque decidas retocar la iluminación por décima vez.

—Eso puedo prometerlo con una pequeña salvedad.

—¿Cuál?

—Si vuelves a mover el jarrón tres centímetros, quizá no pueda resistirme.

Esta vez me reí.

—No era un jarrón. Era una composición.

—Por supuesto.

Salimos juntos al rellano. Abajo, me detuve junto a la puerta principal.

—Te escribiré cuando haya tomado una decisión.

—De acuerdo.

—No me llames antes.

—No te llamaré.

—Y no vuelvas a dejar nada en el apartamento.

—Lo intentaré.

—Miłosz.

—¿Sí?

—Hablo en serio.

Me observó durante un momento y después asintió.

—Lo sé, Natasza.

Salí a la calle antes que él. Tenía por delante un sábado libre, algunos asuntos que resolver y un apartamento al que por fin podía regresar sin pensar en los muebles de otra persona. No pensaba permitir que una propuesta profesional trastocara mi agenda.

Sin embargo, cuando estaba subiendo al coche, el teléfono vibró.

Un mensaje de Miłosz.

En cuanto al proyecto: tengo algunas ideas para las tomas adicionales. En cuanto a lo personal: no voy a fingir que no estoy esperando tu decisión.

Lo leí dos veces.

No respondí inmediatamente. Dejé el teléfono en el asiento del acompañante y arranqué el motor. No fue hasta

el primer semáforo, cuando los coches se detuvieron formando una larga fila, que volví al mensaje.

Envíame las ideas. Dejemos lo demás para más adelante.

Respondió casi al instante.

Eso ya es algo.

No sabía si se refería al proyecto o a nosotros. Y, por primera vez en mucho tiempo, no estaba segura de querer conocer la respuesta.

Capítulo 2 - Ocho encuadres

El lunes, a las cinco y media de la tarde, estaba sentada frente a mi escritorio, en mi propio apartamento, intentando decidir si ocho fotografías serían suficientes para contar la historia de un interior que había ocupado los últimos cuatro meses de mi vida.

En la pantalla del ordenador tenía abierto el documento con los requisitos de la redacción. Marta me lo había enviado la noche anterior y yo ya lo había leído tres veces. La revista no quería únicamente fotografías, sino también una breve descripción de las decisiones de diseño, información sobre los materiales utilizados y unas cuantas líneas sobre la historia del edificio. El plazo era realmente ajustado, pero viable.

En circunstancias normales, me habría puesto manos a la obra inmediatamente.

Sin embargo, aquella vez estaba esperando un mensaje de Miłosz.

No tenía sentido ocultármelo. Por la mañana me había enviado un enlace a una galería con sus propuestas de fotografías adicionales, pero, en lugar de adjuntarlas, me había invitado a su estudio para que pudiéramos verlas en un monitor más grande. Según él, algunos detalles requerían comparar varias versiones y yo no quería tomar decisiones basándome en pequeñas imágenes de vista previa.

Era una justificación racional.

Al menos a medias.

A las cinco y cuarenta cerré el portátil, me cambié de ropa y salí. Miłosz me había dado una dirección en la calle Józefa,

en uno de los edificios históricos de Kazimierz. El estudio estaba en la primera planta, encima de un pequeño taller de cerámica. Cuando llegué, en la escalera flotaba el olor a arcilla húmeda y café recién hecho.

Llamé dos veces.

La puerta se abrió casi inmediatamente.

—Puntual -observó.

—No quería darte motivos para hacer más comentarios.

—Qué pena. Había preparado unos cuantos.

—Guárdalos para más tarde.

Me invitó a entrar.

El estudio era más grande de lo que esperaba. No se parecía a una oficina fotográfica convencional. A lo largo de una de las paredes había estanterías llenas de libros sobre arquitectura, fotografía y arte. Bajo la ventana se encontraba una gran mesa de trabajo cubierta de copias impresas, cuadernos y varias cámaras. Al fondo había una estación de trabajo con dos monitores. Todo estaba ordenado, aunque no de una manera estéril. Parecía un lugar en el que alguien trabajaba de verdad, no simplemente un espacio destinado a recibir clientes.

—Pensaba que los fotógrafos tenían más equipo a la vista -comenté.

—Lo tengo. Pero no hace falta que todo esté en medio del paso.

—Así que existe algo que no fotografías.

—No fotografío mi propio desorden. No me gustaría arruinar mi reputación.

Se quitó la chaqueta y me señaló una silla junto a la mesa.

—¿Café?

—Siempre que no me cuentes que el tuyo es el mejor de Cracovia.

—No pensaba hacerlo. Solo es lo bastante bueno como para no necesitar publicidad.

Me sirvió una taza y se sentó frente a mí. Solo entonces me fijé en que había preparado unas copias impresas en miniatura de las fotografías del apartamento. Cada una tenía un número y, en el reverso, una breve anotación. A su lado había un plano del interior con los puntos desde los que pensaba fotografiar marcados.

—¿Has preparado todo esto desde el sábado? -pregunté.

—Algunas cosas ya las tenía hechas. Las tomas restantes las preparé ayer.

—No tenías que imprimir todo el conjunto.

—Lo sé. Pero me resulta más fácil comparar las imágenes sobre papel. En la pantalla todo parece un poco demasiado perfecto.

Deslizó hacia mí la primera fotografía.

En ella aparecía el salón en un plano amplio que incluía las ventanas, el sofá y una parte de la estantería. La luz entraba lateralmente y resaltaba la textura del suelo de madera. La fotografía era buena, pero le faltaba algo que la diferenciara de una presentación inmobiliaria corriente.

—Esta la dejamos -dije-. Muestra la distribución.

—Estoy de acuerdo.

—La segunda también. La cocina con vistas a la mesa.

—Esa me planteaba algunas dudas.

—¿Por qué?

—Es correcta, pero no cuenta nada nuevo.

Observé la fotografía. Tenía razón. La cocina estaba bien presentada, pero una imagen parecida podría haberse tomado en decenas de apartamentos diferentes.

—Podemos hacer una toma desde el otro lado. Así se verá la conexión entre la cocina y el salón.

—Precisamente eso es lo que propongo.

Durante los siguientes quince minutos hablamos de composición. No coincidíamos en todo, pero la conversación fluía con una facilidad sorprendente. Miłosz no defendía cada fotografía simplemente porque la hubiera hecho él. Era capaz de reconocer que mi propuesta tenía sentido y, cuando no estaba de acuerdo conmigo, explicaba sus razones.

Fue un descubrimiento agradable.

Conocía a muchas personas que interpretaban cualquier crítica como una ofensa personal. Miłosz escuchaba antes de responder. No necesitaba tener razón en cada asunto para sentirse seguro de sí mismo.

Me detuve más tiempo ante la tercera fotografía.

—Esta está muy bien.

En la imagen aparecía un pequeño fragmento del recibidor. Una puerta antigua, la manilla original que se había conservado, una lámpara nueva y una pared clara. No se veía toda la estancia, solo la combinación de materiales y luz.

—Precisamente por eso la hice -dijo.

—¿Porque querías mostrar la manilla?

—Porque no quería que todo pareciera nuevo.

Volví a observar la fotografía.

—La mayoría de los clientes esperan precisamente ese resultado. Todo nuevo, uniforme y a juego.

—¿Y tú?

—Yo creo que un apartamento debería parecer un lugar en el que alguien pudiera vivir de verdad. No un catálogo.

—Lo sé.

Levanté la mirada.

—¿Cómo?

—Porque durante todo el proyecto te aseguraste de que no eliminaramos las cosas que tenían importancia para aquel lugar. Incluso cuando Marta quiso cambiar las puertas antiguas, la convenciste para conservar su estructura original.

No esperaba que lo recordara. Habíamos hablado de aquellas puertas durante una de nuestras primeras visitas, cuando le enseñé el plano y le expliqué por qué no quería sustituirlas por unas nuevas. Después, el tema había desaparecido entre decenas de decisiones diferentes.

—Fue una buena decisión -dije.

—Fue decisión tuya. Eso basta.

Dejé la fotografía sobre la mesa.

—No necesitas convencerme de mi propio proyecto.

—No lo intento.

—Entonces, ¿qué haces?

—Te estoy demostrando que presto atención.

Aquella frase quedó suspendida entre nosotros. Miłosz tomó su taza, como si no acabara de decir nada especial.

Yo, en cambio, sentí que la conversación se estaba desplazando hacia un terreno que no había previsto.

Volví a las fotografías.

—Necesitamos otra toma del dormitorio.

—Tengo dos versiones.

—Enséñamelas.

Deslizó las fotografías hacia mí. La primera era clásica, con un plano amplio de la cama y las mesillas. La segunda mostraba solamente una parte de la ropa de cama, la mesita de noche y la luz que caía sobre la pared.

—La segunda -decidí.

—Yo también lo creo.

—¿Por qué no me la enviaste antes?

—Porque quería saber si te fijarías en lo mismo que yo.

—Eso suena a una prueba.

—Quizá un poco.

—No me gustan las pruebas.

—En ese caso, considerémoslo una simple conversación sobre fotografías.

Sonreí, aunque intentaba mantener la seriedad.

Colocó otra copia delante de él.

—Hay otra cosa que tenemos que acordar antes de empezar.

—¿Los derechos de las fotografías?

—Entre otras cosas.

Sacó de un cajón una propuesta impresa de la revista. Había marcado varios fragmentos relacionados con la autoría y el uso del material.